

*Agua, Riego y Árboles: Ancestros y Poder en el Cuzco de los Incas*. Por Jeanette E. Sherbondy. Compilado y editado por Nicanor Domínguez Faura. Lima: Sociedad Geográfica de Lima, 2017. 284pp.

*Agua, Riego y Árboles: Ancestros y Poder en el Cuzco de los Incas* por Jeanette E. Sherbondy es una adición bienvenida a las estanterías de los estudiosos andinos. El volumen, compilado y editado por Nicanor Domínguez Faura, incluye siete artículos, a veces difíciles de encontrar, escritos a lo largo de su larga carrera. En su totalidad, expone sus ideas sobre temas en el entorno natural y cómo se entendieron y manipularon los recursos. Los temas del agua, su distribución y sus lazos con el poder se recapitulan en varias partes.

El capítulo 1 es una descripción histórica del riego, destacando a los ancestros como responsables de establecer los derechos para usar el agua y la tierra a cambio de mantener la red de canales y el reconocimiento ritual (pp. 132-133). El capítulo 2 utiliza los mitos, especialmente sobre Viracocha y Tarapacá, para explicar las ideas sobre el papel de los ancestros y su control de los recursos hídricos en Cuzco, Puquio (Lucanas, Ayacucho) y Pimache (Cajatambo). El siguiente discute el sistema de ceques como un modelo incaico de organización religiosa, social y política, donde postula, a diferencia de R. Tom Zuidema, que los ceques eran “un mapa donde se ubican las aguas y tierras que pertenecen a cada panaca y ayllu” (pp. 89, 121). Este capítulo es notable por discutir cómo las bases legales de los recursos cambiaron (no sorprendentemente) de conceptos indígenas a normas jurídicas españolas (p. 100). También afirma que las mejores tierras y los canales de riego más importantes fueron poseídos (“era propiedad”, p. 107) por los linajes más prestigiosos, los de los linajes de los reyes.

En el siguiente capítulo, Sherbondy elabora la asociación entre la organización hidráulica y el poder. Ella demuestra la relación entre la “división dual y la división sectorial con la distribución de los derechos a las aguas y las tierras del valle (p. 121)”. Un punto excelente aquí es la indicación de la planificación central en el área alrededor de la ciudad del Cuzco. El capítulo 5 vuelve a la relación entre el agua, que ella considera “el elemento más importante de la cosmología incaica”, y la ideología. La autora entiende que la creencia nativa “unía a los ancestros con las fuentes de agua (p. 169)”. “Es esa cualidad de poder proveer a un pueblo de agua para el regadío lo que

convierte a los ancestros en personajes sobrenaturales (p. 170).” El capítulo 6, donde habla sobre el cultivo de árboles, es una contribución original y mi favorita. Además de escribir sobre los árboles como ancestros fundadores, Sherbondy señala que la persona que siembra un árbol es su dueña, mientras que los árboles silvestres no tienen dueño y la tierra es *sapçi*, común a todos (p. 199). Un punto metodológico sobresaliente en este capítulo es cómo un manuscrito de 1590 (que transcribe como anexo (págs. 211-215)) sobre la reforestación del Valle del río Huatanay puede ayudar a localizar las tierras utilizadas por cada ayllu. Como apéndice, incluye un ensayo de más de treinta páginas sobre riego en el que codifica y enumera todas sus fuentes. Este es un recurso invaluable por el cual muchos académicos presentes y futuros estarán en su deuda.

Esta compilación, entonces, debe ser valorada por sus detalles y por sus avances metodológicos. Combina información de fuentes primarias con datos de etnografía, que no están exentos de sus propios defectos y problemas, para completar sus interpretaciones. Sherbondy también utiliza la lingüística para traducir topónimos y nombres, que ayudan a matizar sus observaciones.

Pero sus contribuciones también muestran que mezcla el dominio directo con el dominio útil (usufructo), lo que influye en sus declaraciones sobre las definiciones de ayllu, panaca y suyu. Además, aunque afirma que Pachacuti es una “figura mítica”, lo trata como un individuo único e histórico—una contradicción que exige elaboración. Un punto menor es la repetición entre capítulos, algo que no debe evitarse en la mayoría de las compilaciones.

Sin embargo, este libro, como mencioné al comienzo de esta reseña, seguramente se convertirá en un clásico que ganará un lugar en bibliotecas institucionales y privadas en los Andes y en cualquier otro lugar donde un investigador busque el significado de los pueblos sin letras.

Susan Elizabeth Ramírez

Cátedra Neville G. Penrose de Historia y Estudios Latinoamericanos

Texas Christian University

Fort Worth, Texas